

ROBERTO BREÑA, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*, México, El Colegio de México, 2006, 580 pp. ISBN 968-12-1239-8

En distintos foros y publicaciones científicas se ha insistido últimamente en la evidencia de la tradicional falla en la comunicación entre las historiografías de uno y otro lados del Atlántico hispano. Que en los estudios de la licenciatura de historia en España, América forme un paquete propio, como cosa extraña a la historia de España propiamente dicha, tiene desde luego mucho que ver en esto. Cuando los estudios “americanistas” forman departamento universitario por sí y se entiende que su materia es sustancialmente distinta de la relativa a la historia moderna de España (y no digamos a la historia contemporánea), resulta consecuente que la producción historiográfica interesada en ese periodo de tránsito entre monarquía tradicional y Estado liberal contemple a América de manera anecdótica. Significa esto que en nuestros manuales —en los españoles— al tratarse la crisis de la monarquía abierta en 1808 y que lleva al alumbramiento del constitucionalismo, América tiene un interés circunstancial. Cuenta únicamente en la medida en que la “pérdida del imperio” tuvo alguna significación notable para la historia que de verdad interesa narrar, la de España.

Algo similar puede decirse de la historia que tradicionalmente se ha fabricado sobre este periodo desde la especialidad de *American Studies*, sobre todo en Estados Unidos, aunque también en el Reino Unido. Ahí lo que interesa es América Latina y España es algo apendicular, interesante sólo en la medida en que resulta relevante para la historia que interesa narrar, que es la de la América hispana o la de algún espacio concreto de ella. Esto explica la perplejidad con que los historiadores peninsulares solemos repasar los elencos bibliográficos de destacadas obras de colegas anglos advirtiendo que sus más recientes referencias suelen ser, con suer-

te, Miguel Artola (cuya obra cumbre, *Los orígenes de la España contemporánea*, se publicó en 1959), Federico Suárez (*El proceso de convocatoria de Cortes*, 1982) o Manuel Morán Ortí (*Poder y gobierno en las Cortes de Cádiz*, 1986). Suele corregirse esto en parte últimamente con la referencia de una obra que muy justamente ha contribuido a tender puentes entre ambas orillas historiográficas, la de Manuel Chust, *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, 1999.

Si bien menos acusado, el diagnóstico de base es el mismo para la historiografía latinoamericana. Con raras excepciones el conocimiento de lo producido recientemente en España sobre el proceso de crisis de la monarquía es bastante raquítico y, sobre todo, no se considera que forme parte de un mismo debate que el nacional respectivo. Cuando se ha hecho el esfuerzo por enmarcar la historia de este proceso en un continente atlántico —con el esfuerzo añadido de informarse sobre debates y análisis historiográficos que no son en absoluto ajenos— los resultados saltan a la vista (y así lo testimonian las obras, entre otros de Guerra, Annino o Chiamonte).

Del libro que firma Roberto Breña podrá hacerse cualquier crítica negativa menos que peca de este defecto. Al contrario, es una de sus mayores virtudes haber realizado el esfuerzo de poner sobre la mesa un sustancial aporte historiográfico procedente de España y de América para analizar un fenómeno que sólo así resulta plenamente comprensible. Debe decirse de entrada que el libro responde muy consecuentemente a su subtítulo, pues no es un ensayo basado en documentación de archivo y sólo de manera ocasional en fuentes de época (autores como José María Blanco White, Álvaro Flórez Estrada se tratan por extenso, pero Toreno, Mier, Torres, Moreno u otros son referidos en el contexto del análisis historiográfico). Es un texto, largo y denso, cuyo material de trabajo lo han constituido principalmente los libros escritos por las historiadoras y los historiadores durante las últimas décadas. En momentos necesarios incursiona en tradiciones historiográfi-

cas de raíces más largas, pero lo que de verdad seduce a Breña es debatir con la historiografía más reciente.

De hecho, el libro se abre y se cierra con el autor involucrado plenamente en faena de crítica historiográfica. Esto le sirve para tomar algunas posiciones interesantes respecto de cuestiones básicas que están últimamente en el orden del día de la investigación. Así la defensa que hace de la pareja conceptual tradición-reforma frente a la más usual de absolutismo-liberalismo, permite introducir el punto de la valoración global del proceso de crisis de la monarquía, que es, digamos, el tema esencial que enfrenta la historiografía al respecto. Entiende el autor que la segunda de estas parejas no permite explicar satisfactoriamente este proceso puesto que remite a un desenfoque de partida: ni el “absolutismo” era tan redondo en sí mismo como suele presentarse ni el “liberalismo” de primera hora en el mundo hispano resiste las pruebas pertinentes. El contraste entre tradición y reforma, sin embargo, en opinión de Breña, consiente mayor elasticidad que hace posible presentar mejor los tránsitos entre ambos momentos y, sobre todo, el permanente uso que hizo el primer liberalismo de los materiales de derribo del sistema previo.

Dicho esto, no obstante, resulta un tanto singular que el libro no se haya presentado como un ensayo sobre el primer “reformismo” español, sino bajo la advocación del liberalismo. La cuestión surge inmediatamente: a pesar de todo, ¿es el liberalismo tan imprescindible para la explicación del momento? Diría que esta pregunta está constantemente detrás de las reflexiones que ocupan el libro de Breña. La arquitectura de la obra presenta un primer plano con el análisis del tratamiento del momento que va de la crisis de la monarquía (1808) al de su solución constitucional (1812-1814), el segundo lienzo en el que se recorre la historia intelectual del Atlántico hispano entre finales del setecientos y comienzos del ochocientos, y un par de remates con el liberalismo español (peninsular) frente al envite americano, por un lado, y un cierre de debate historiográfico por el otro.

Es una de las virtudes de este libro la resolución con la que entra y enfrenta debates de mucho calado en el panorama historiográfico actual. Lo hace armado con un bagaje de lecturas ciertamente asombroso que, además, se presenta perfectamente equilibrado entre ambos lados del Atlántico. Es este conocimiento exhaustivo de la producción historiográfica reciente en América y Europa lo que permite al autor ofrecer un relato coordinado de la crisis como un fenómeno atlántico y no puramente nacional. Lo que, a través de la crítica historiográfica, va construyendo este ensayo es un argumento distinto y original sobre la crisis de la monarquía española como un fenómeno que no es exactamente español, al menos tal y como hoy se entendería comúnmente este adjetivo. Pero y éste es el mérito añadido de esta perspectiva global, tampoco resulta la crisis como habitualmente ha sido vista desde las historiografías americanas (la estadounidense incluida), esto es, como un proceso en que el surgimiento del liberalismo y el proceso de independencia formaban una ecuación perfecta.

Frente a esto este libro nos propone una lectura más compleja del proceso donde el debate sobre la resolución de la crisis que tuvo lugar en la Península entre Madrid, Sevilla y Cádiz sólo puede comprenderse cabalmente si se entiende como parte de una cuestión más amplia que implicaba también a la parte americana de la monarquía. No sólo porque parcialmente fue también considerada como nación española, sino sobre todo, porque aquélla fue realmente “la” cuestión entonces. Resulta así que, como muy bien muestra este libro, grandes estudios sobre la crisis española se quedan un tanto provincianos al analizar sólo una parte del escenario de la crisis. Que para los contemporáneos las cosas eran diversas lo demuestra bien el análisis que incluye sobre las actitudes frente al desafío americano de José M. Blanco-White y de Álvaro Flórez Estrada.

Del mismo modo, resulta también la apuesta que, sin duda, traerá más polémica en la academia americana: entre emancipación y liberalismo no existe necesariamente una igualdad. Antes al con-

trario, contra una opinión asentada de atrás, entiende Breña que el contenido liberal de los discursos políticos del momento pudo contenerse, en parte, en la apuesta emancipadora, pero también en la que no contemplaba esta posibilidad. La polémica está servida porque este razonamiento implica también la conclusión de que podría perfectamente establecerse una filiación no liberal, e incluso en aspectos muy relevantes antiliberal, de los procesos de emancipación. Más aún porque el pulso que sostiene con el libro de Marie-Laure Rieu Millán parece asumir la perspectiva contraria.

Creo que el debate estaría mejor enfocado si planteáramos el punto sin dar por asumido algo que los contemporáneos no dan ninguna muestra de asumir: el principio de nacionalidad. No es, desde ese punto de vista, tan relevante que existiera o no un liberalismo español u otro, pongo por caso, *mexicano* a los que simultáneamente tengamos que suponer superioridad moral sobre la otra parte nacional (y perversa, por absolutista o tradicionalista). Más en línea con las tesis de este libro estaría la indagación sobre una “cultura del liberalismo”, compleja, contradictoria, limitada y que se crió en la comunicación entre partes de aquel laboratorio atlántico que sólo después daría lugar a aquel magnífico y múltiple proceso de formación de naciones. Puede que ahí adquiera más coherencia interna también para nosotros la postura de Flórez Estrada.

Por tanto, estamos ante un libro que hay que rumiar y digerir despacio porque presenta muchas entradas que, como decía Tierno Galván, requieren más tiempo para pensar que para leer. Es, además, muy oportuno, pues al estar concebido desde la crítica historiográfica resulta un inmejorable punto de arranque para la mucha tela para cortar que se nos va a apilar en los años venideros a quienes nos interesamos por estas cuestiones tan “originales”.

José María Portillo Valdés
Universidad del País Vasco